

En el tema religioso, abordado en diversas ocasiones a lo largo de la obra, Agrippa, como ya hemos dicho, toma un claro partido en algunas de las cuestiones que provocaban entonces enconados debates, alineándose claramente en el bando reformador. Rechaza, por ejemplo, el culto a las imágenes y critica duramente el uso que hace de ellas en su provecho «la avara casta sacerdotal» (p.186) y dedica el extenso capítulo LXI a repartir durísimas críticas a los magistrados de la Iglesia sin excepción, pues «actualmente ascienden a la cátedra de Cristo muchos pontífices y apóstoles semejantes a los escribas y fariseos» que «abusan desvergonzada, escandalosamente y con criminal placer, según su propio capricho, incluso de las sagradas ceremonias de la Iglesia».

Tras su publicación (Amberes, 1530) la *Declamación* gozó de gran éxito, como el propio Erasmo atestigua en una de sus cartas. Pero muy pronto fue escudriñada por los teólogos de la Sorbona, que censuraron cinco pasajes de los capítulos más críticos con la Iglesia y, tras ellos, los de la Facultad de Teología de Lovaina, que prohibieron 43 artículos, estudiados detenidamente por Manuel Mañas junto con la réplica realizada por Agrippa en su *Apología*. En parte quizás por el atractivo de la obra prohibida, la fama de la *Declamación* continuó y fue traducida a lo largo de esa misma centuria al alemán, polaco, italiano, inglés y francés. Por el contrario en España, como decíamos al principio, la figura de este humanista alemán ha sido poco conocida, debido en buena medida a la ausencia de traducciones de sus obras más importantes. La situación, afortunadamente, ha cambiado. Ya en 1992 apareció una versión castellana de *De occulta philosophia*, acompañada de una breve introducción, poco exigente en el terreno filológico. Ahora el profesor Manuel Mañas, experto traductor de textos latinos tanto clásicos como humanísticos, ha realizado una excelente versión, que se lee con agrado de principio a fin, a pesar de las muchas dificultades que entraña no sólo la comprensión de un texto tan complejo, sino también lo que podríamos denominar la actualización del estilo literario del original, que ha conseguido hacerlo fácil y atractivo al lector de hoy. Estamos seguros de que su obra contribuirá poderosamente a difundir el conocimiento de Cornelio Agrippa en nuestro país y que los estudiosos de la literatura humanística hallarán en ella nuevas e interesantes claves para sus investigaciones.

Antonio ESPIGARES PINILLA
Universidad Complutense de Madrid

Isaac NEWTON, *Historia Ecclesiastica (De origine schismatico Ecclesiae papisticae bicornis)*, Edición crítica, traducción y estudio de Pablo Toribio Pérez, Madrid, CSIC, 2014, 628 pp.

En los últimos años se ha demostrado que el pensamiento de Newton, considerado unánimemente como uno de los científicos y filósofos de la naturaleza más importantes para la modernidad, no puede separarse de su teología, que poco a poco

va dejando el estado de simple escritura esotérica. El libro que comentamos en esta reseña, editado por Pablo Toribio Pérez, tiene una importancia capital para comprender la teología antitrinitaria, arriana, de Newton, y puede ser enmarcado dentro de las investigaciones que pretenden hacer públicos los materiales inéditos de Newton¹.

Si la primera aseveración es cierta, la relativa a la conexión de la filosofía natural y la teología del inglés, lo primero que cabría preguntarse es hasta qué punto esta teología dirigida contra el cristianismo ortodoxo que sale de Nicea puede servir para iluminar la filosofía natural de Newton. Pregunta esencial que, a la luz de los estudios recientes sobre este científico, no puede dejar de hacerse cualquier lector de este libro magníficamente editado dentro de una colección, *Nueva Roma. Bibliotheca Graeca et Latina Aevi Posterioris*, dedicada a estudios latinistas.

Antes de limitarnos a apuntar una posible respuesta a esta difícil cuestión presentaremos la edición de Pablo Toribio Pérez, con la que se quiere contribuir a terminar con la imagen de Newton proporcionada por la Ilustración, la de que sus investigaciones teológicas y alquímicas eran, en caso de no ser falsas, el producto de una «mente senil» (p.60).

La *Historia Ecclesiastica* es una obra teológica esotérica e inédita que, como explica el propio Pablo Toribio, constituye el texto de Newton –después de los *Principia*– más extenso escrito en latín (p.85). Esta obra no fue concebida así por el inglés, sino que supone el fruto de la reunión por el editor de las páginas que sobre la historia eclesiástica del siglo IV encontramos en hasta tres manuscritos distintos de Newton, si bien todos ellos pertenecen a la misma época². La coherencia de esta edición de Toribio Pérez se debe, en primer lugar, a su contenido. El libro trata de los primeros años en los que tiene lugar la controversia arriana, «inmediatamente antes del Concilio de Nicea (325) y poco después del mismo» (p.75). Empieza con «la identificación de la bestia bicorne del *Apocalipsis* con la Iglesia trinitaria establecida en el último tercio del siglo IV» (p.85), y formada por los obispos de Roma y Alejandría tras la muerte del emperador Constancio (p.87). Se investiga después los «orígenes de dicha Iglesia en el primer tercio del mismo siglo, para probar que nació del cisma y la herejía» (p.85). La historia se va centrando poco a poco en Atanasio de Alejandría, hasta que adquiere todo el protagonismo a partir del capítulo 120 de esta edición (p 89). Al parecer, el mismo Newton se refería en otro manuscrito a un tratado en que disertaba sobre el origen herético y cismático de la Iglesia papista. Toribio cree que esta afirmación se refiere al texto que ha editado combinando diversos manuscritos (p.85).

¹ Toribio Pérez nos informa (p.58) de que este libro se enmarca precisamente dentro del proyecto de investigación «Edición crítica de textos inéditos de Isaac Newton», que dirige la profesora Ciriaca Morano Rodríguez.

² El texto resulta de completar los 143 primeros folios del manuscrito Yahuda 19 con la totalidad del manuscrito Yahuda 12, una treintena de folios, y ocho páginas del Yahuda 1.5. Por lo demás, cabe informar de que las tres principales colecciones de manuscritos de Newton fueron reunidas por el filólogo judío Abraham Shalom Yahuda, el célebre economista Keynes, cuya colección pasaría tras su muerte a la biblioteca del King's College de Cambridge (p.61), y por la familia Babson.

La datación de *Historia Ecclesiastica* también legitima esta edición, pues los textos de los tres manuscritos reunidos fueron compuestos en la primera época de la obra de Newton. Durante este periodo todos los escritos del científico consagrados a narrar la historia de la Iglesia se centran en la «gran apostasía anticristiana» del siglo IV y tienen, a diferencia de los redactados después de 1710, un tono anticatólico y apocalíptico (p.70). Por eso están conectados con los estudios que durante este periodo escribe sobre exégesis del Apocalipsis, como aquel tratado en forma de carta que dirige a John Locke, *An Historical Account of Two Notable Corruptions of Scripture* (1690), en donde aborda el uso corrompido que se hace de dos pasajes bíblicos (1 *Jn*.5.7.; 1 *Tim*.3.16) para defender el dogma de la Trinidad. Por lo demás, este tratado permaneció inédito, a pesar de que Locke estaba dispuesto a gestionar su publicación anónima en Holanda (p.48).

Seguramente, los textos reunidos en la edición de Toribio Pérez se escriben después de 1678, pues el autor inglés utiliza la reedición que en este año aparece de la obra de Eusebio de Cesarea. Es muy probable que Newton los escribiera entre 1686 y 1695, poco antes de otra obra teológica de la década de los noventa y de argumento similar, las *Paradoxical Questions Concerning the Morals and Actions of Athanasius and His Followers*, pero después de los años 1684-86, años en los que estuvo plenamente ocupado en la escritura de los *Principia* (p.106). Por último, debemos añadir que el título elegido por el editor para esta obra, *Historia Ecclesiastica (De origine schismatico Ecclesiae papisticae bicornis)*, resulta de combinar los dos únicos epígrafes que aparecen en tales manuscritos³.

En su introducción, Pablo Toribio Pérez escribe dos cosas que son fundamentales para responder a nuestra pregunta acerca de la posible conexión del arrianismo con la filosofía natural moderna. En primer lugar, se tiende a ver hoy la obra de Newton «como un proyecto unitario de reforma religiosa en sus dos vertientes, Naturaleza y Escritura». En segundo lugar, se considera que «el dominio absoluto de Dios sobre su creación», esto es, una teología voluntarista, constituye la clave de la filosofía newtoniana (p.41). Pues bien, el arrianismo, como demuestran estudios recientes, es sobre todo una religión en la que se destaca la voluntad del Dios Padre, su diferencia con el Hijo, el Mediador, de forma que puede ser considerada una manifestación de teología voluntarista.

Toribio Pérez ha mostrado, por lo demás, que Newton vivía en un contexto antitrinitario, que sin duda debió influir decisivamente sobre sus ideas teológicas. Tenemos así el sonado caso de John Biddle, que difunde el antitrinitarismo en la Inglaterra de Cromwell y muere en prisión en 1662, pero también cabe mencionar la recepción de las publicaciones holandesas de los exiliados polacos socinianos, o la del *Nucleus historiae ecclesiasticae* (1669) del prusiano Christoph Sand (p.33), una obra que se

³ El propio editor lo explica así: «He preferido el segundo epígrafe como título principal porque abarca la mayor parte del texto, que consiste en una revisión crítica de hechos históricos; he añadido el primer epígrafe como subtítulo entre paréntesis porque expresa la finalidad última de dicha revisión, que se encuentra directamente relacionada [...] con la exégesis apocalíptica.» (p.86).

encontraba en la biblioteca de Newton, y contra la cual George Bull escribió su *Defensio fidei Nicaenae* (1685)⁴. Dentro de esta corriente antitrinitaria cabe añadir la figura de William Whiston, que llegó a ser expulsado de Cambridge por sostener públicamente una historia de la Iglesia similar a la esotérica de Newton, o los escritos de alguien tan próximo a Newton como Samuel Clarke, que en 1712 publica *Scripture-Doctrine of the Trinity*. En este último libro, Clarke, basándose en los pasajes bíblicos centrados en la relación entre el Padre y el Hijo, pretendía mantener un pensamiento antitrinitario compatible con el anglicanismo, si bien tuvo que retractarse finalmente de esta posición (p.51).

En las décadas de los setenta y ochenta del siglo XVII, Newton se entrega al estudio de la literatura patristica y de la historia eclesiástica y llega a una conclusión parecida a la de Sand (p.43), la de que antes de Nicea el partido tradicional y ortodoxo había sido el arriano. Por este motivo, Newton defenderá la *restitutio*, la vuelta al pasado ortodoxo de la Iglesia. Desde este enfoque, la novedad idólatra tenía que ver con el partido *homousiano*, con el liderado por los obispos de Alejandría y Roma. Newton sostenía que la bestia apocalíptica era la Iglesia trinitaria, la forjada entre el Concilio de Nicea, en 325, y el de Constantinopla, en 381. En su opinión, la doctrina trinitaria constituía una evidente manifestación de idolatría, una «falsa religión infernal». En una línea que se remontaba hasta Arrio, reconocía que Cristo, el Mediador, era el Hijo de Dios, pero, al mismo tiempo, insistía en la diferencia sustancial con el Dios Padre, de forma que el primero no era consustancial con el segundo. Newton agregaba que la Iglesia católica contenía la suma de todas las corrupciones religiosas (p.42), aunque la Reforma, fuera de algunas manifestaciones radicales, tampoco hubiera servido para eliminar la peor de estas corrupciones, el trinitarismo, cuyo comienzo es precisamente abordado por la obra de Newton que comentamos.

Para comprender la relación entre arrianismo, teología voluntarista y filosofía natural, puede ser de gran interés detenerse en las páginas de la *Historia Eclesiástica* dedicadas a la teología de los eusebianos. En particular, en las páginas que tratan de la teoría de la creación universal, una doctrina que se puede conectar con el voluntarismo teológico que hoy suele considerarse como fundamental para comprender la ciencia de Newton, y que no podemos desplegar en esta reseña. Escribe el inglés en aquellas páginas que, para los eusebianos, Dios, «uno y simplicísimo», no sólo es autor o creador de todas las cosas, sino que sigue gobernándolas (p.323). Subrayar, en contraste con el cristianismo ortodoxo o trinitario, la diferencia entre el Dios Padre y el Hijo, conducía, fuera o no consciente del todo Newton, a resaltar la imperfección de una naturaleza que, en sí misma, no podía identificarse con la sustancia del Creador y que necesitaba de la continua asistencia, gobierno, del Dios Padre a través de su Mediador. No cabe duda de que esta teología voluntarista de Newton se situaba lejos

⁴ Para poner fin a estos debates sobre doctrinas heterodoxas se promulga en 1698 un «Act for the More Effectual Suppressing of Blasphemy of Profaneness», por la que se privaba de derechos civiles a quien negara la Trinidad. La ley castigaba incluso dicha herejía con pena de cárcel, pero, como recuerda Pablo Toribio, apenas se aplicó (p.48).

de concepciones mecanicistas, deístas, etc. que, ciertamente, pensaban en un Dios creador, pero no que siguiera gobernando el universo.

Otra cuestión que nos parece muy relevante es todo lo comentado por Toribio Pérez en su introducción acerca de la *restitutio*. Considera el editor que la obra de Newton forma parte de la tendencia de la ciencia moderna hacia la *restitutio*, hacia la vuelta a las fuentes clásicas. Sostiene que un buen número de los científicos modernos, Copérnico, Servet, Giordano Bruno, Kepler, Galileo, se vinculan, entre 1516 y 1669, con una tradición cortada o interrumpida. Toribio plantea de este modo una de las cuestiones fundamentales en la querella sobre la secularización, la de la modernidad como ruptura o continuidad con respecto al saber premoderno. Añade a este respecto que la querella entre los antiguos y modernos es más bien un «artificio retórico», ya que la historia intelectual del siglo XVII «puede narrarse en buena medida como la historia de los distintos esfuerzos por asegurar la continuidad entre la tradición grecolatina y bíblica y la nueva ciencia» (p.25).

En el fondo, el editor de la *Historia Eclesiástica* critica –y no le falta razón– la tesis de la discontinuidad o de la completa novedad de la ciencia moderna para comprender a Newton, y de este modo intenta vincular sus descubrimientos científicos, las novedades que aporta en este campo, con sus estudios y concepciones teológicas que suponen una vuelta al arrianismo, al cristianismo eusebiano anterior a los célebres y decisivos concilios del siglo IV. La *restitutio* no sólo tiene una dimensión religiosa. Newton creía además que su filosofía natural entroncaba con el mismo atomismo de los antiguos, de «los más ancianos y célebres filósofos de Grecia y Fenicia», como así lo reconoce en la cuestión 28 de la *Optica*.

Otro problema distinto –y que tampoco podemos desarrollar aquí– es si la newtoniana retórica de la *restitutio*, con independencia de que sea aplicada tanto a la religión como a la ciencia, es verdaderamente incompatible con una filosofía de la novedad o de la modernidad. Aquí tendríamos que invocar los trabajos de Blumenberg en los cuales se acentúa la diferencia entre teorías que dicen cosas muy parecidas como el atomismo antiguo y el moderno. O en los que, en contra de lo mantenido por Leibniz en su polémica con Clarke a propósito del Dios voluntarista de Newton, se explica que epicureísmo y nominalismo tienen significaciones muy distintas, a pesar de que ambas corrientes de pensamiento afirmen la ausencia de *ratio creandi* y la posibilidad de una pluralidad de mundos. Queremos apuntar para finalizar que, con mucha frecuencia, pensamientos filosóficos o teológicos similares, pero pertenecientes a periodos históricos muy diversos, acaban separándose en su función y significación última, ya que deben responder a preocupaciones o retos que no son los mismos. Así nos parece en el caso de Newton.

Antonio RIVERA GARCÍA
Universidad Complutense de Madrid